

General CATROUX: *J'ai vu tomber le rideau de fer*. (Moscú, 1945-1948.)—París, Librairie Hachette, 1952. 317 págs.

Aunque en *J'ai vu tomber le rideau de fer* el general Catroux utilice ampliamente la experiencia de su embajada en Moscú —de febrero de 1945 a abril de 1948—, en nuestra opinión esta obra no puede ser clasificada entre las numerosas autobiografías parciales que, amañadas a base de recuerdos personales, han visto la luz con tanta pujanza en esta postguerra. La obra del general Catroux desborda este marco, al fin y al cabo estrecho, ya que, partiendo de lo particular de su punto de vista, llega a un juicio de conjunto de la U. R. S. S., su psicología, su política y sus metas, y del aspecto limitado de la cuestión, cual eran las relaciones franco-soviéticas, a un estudio riguroso de las relaciones entre la U. R. S. S. y las potencias occidentales. Por tanto, hay que distinguir dos aspectos esenciales en la obra reseñada, aunque se presenten siempre muy entrecruzados. El primero se refiere al desarrollo de la misión encomendada al general Catroux, o sea, vivificar y hacer efectivo el Pacto franco-soviético firmado en 10 de diciembre de 1944 por el general De Gaulle y Stalin. El segundo concierne a la lenta agonía y muerte de la cooperación con la U. R. S. S. durante la paz, exclusivamente soñada por los occidentales, pues —la obra lo muestra claramente— ni siquiera en el período álgido de esa euforia suicida correspondiente al período más duro de la guerra tuvieron los soviéticos la voluntad formal de cooperar en la postguerra con quienes les son radicalmente opuestos; actitud, por supuesto, más lógica, consecuente

y realista que la mantenida tanto tiempo por las ilusas democracias. Por lo demás, dada la ideología de orientación izquierdista del general Catroux, que —*rara avis* en un ejército llamado *«la grande muette»*— ha sido calificado de más político que militar, es de sumo interés seguir la línea de evolución de su pensamiento, que, partiendo de una buena voluntad inclinada a confiar en la eficacia del Pacto firmado con la U. R. S. S., desemboca en un enérgico llamamiento a la unión de los países occidentales para poner coto a la expansión rusa, o sea, revolucionaria y comunista, ya que «el Estado soviético se identifica con la Revolución, de la que es el producto y el instrumento y que, de acuerdo con los términos mismos de la doctrina que lo influye de modo soberano, su razón de ser es la instauración del comunismo universal».

Presentado en octubre de 1944 para el cargo de embajador en Moscú, el general Catroux, de acuerdo con el jefe del Gobierno Provisional de Francia, general De Gaulle, difirió la aceptación del mismo hasta la firma del Pacto franco-soviético. Parece ser que en ocasión de la firma de este Pacto, que no se logró fácilmente, Stalin trató, sin conseguirlo, de que Francia reconociera el Gobierno polaco prosoviético de Lvov, con el fin de hacer hincapié en este reconocimiento para conseguir el de Estados Unidos e Inglaterra, empeñados en la teoría de que el Gobierno legítimo de Polonia era el exilado en Londres. En cambio, Stalin opinaba que éste había «perdido con-

tacto con las masas polacas, ampliamente evolucionadas». El Pacto franco-soviético no tenía un alcance general. Se limitaba concretamente a impedir un resurgir de la potencia de Alemania. Con este fin, «las dos Partes contratantes se comprometían mutuamente a prestarse asistencia por todos los medios a su alcance». «No debían concluir por separado una Convención de armisticio ni un Tratado de Paz con Alemania. Además, ambas partes se comprometían a no entrar en una alianza o en un sistema de alianzas dirigido contra la otra parte, durante veinticinco años.» Esta era la base concreta de las relaciones franco-soviéticas cuando el general Catroux se hizo cargo de la Embajada en Moscú. El que Francia no haya cumplido sus compromisos es un hecho que salta a la vista y tema de los ataques soviéticos contra Francia. Pero a lo largo de su obra, el general Catroux arguye y muestra que el incumplimiento de los compromisos no ha sido menos real por parte de Rusia, como se ve al seguir casi día a día el desarrollo de unas relaciones que chasquearon a ambas partes: a la U. R. S. S., en su esperanza de tener un satélite occidental; a Francia, en su deseo de hallar un poderoso aliado dispuesto a secundarla en sus planes respecto al futuro de una Alemania nunca bastante aniquilada para su enemiga gala.

Mas no pensaba tal el general Catroux cuando, en febrero de 1945, llegó a Moscú. Juzgaba el Pacto franco-soviético «una ganancia para Francia» porque su conclusión significaba que había recobrado «su rango de gran potencia». Desgraciadamente, el patriotismo exasperado sólo deforma los hechos para aquel que lo siente. Los demás siguen viendo las cosas como son, en particular cuando se trata de frios realistas cuales son los soviets, que centraron su política respecto a Francia en la escueta realidad, aun sin descartar la posibilidad de la deseada «política común», pero condicionándola a la supeditación de Francia a sus orientaciones, cual sucede con los países satélites.

Pero Francia, que sólo había buscado la firma del Pacto con la U. R. S. S. con vistas a fortalecer su posición entre los aliados frente al problema alemán, al ver cómo fracasaba su gestión cerca del Gobierno soviético para que apoyara su inclusión en la Co-

misión de Reparaciones creada en Yalta, empezó a tornarse recelosa. Recelo que no menguó ciertamente su exclusión de la declaración de 5 de junio de 1945 y también su ausencia de Potsdam, donde «el estatuto de Alemania, contra la que habían tomado las armas cuarenta naciones, había sido fijado sin previas consultas por un Comité de tres», de los cuales dos potencias anglosajonas que, sobre faltar a las reglas harto invocadas de la democracia, ya habían empezado a forcejear con Rusia con motivo de su ocupación militar de los países balcánicos, primer paso de su ocupación política, dibujando el nuevo mapa de Europa (Pacto de alianza con Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia, Gobiernos de hechura soviética de Bulgaria y Rumanía). De suerte que el balance que a finales de 1945 hacía el general Catroux del Pacto arrojaba unos resultados absolutamente nulos: Francia no ha conseguido que se reconsidere su petición de formar parte de la Comisión de Reparaciones; ninguna seguridad en cuanto al porvenir de Indochina; dificultades y dilaciones en lo que respecta al problema de los prisioneros alsacianos internados en Rusia. Por ello escribe melancólicamente el general Catroux: «Era indiscutiblemente desilusionante y de obligado reconocimiento que la conclusión del Pacto de diciembre de 1944 había sido sólo una operación sin provecho para Francia, y cuyo porvenir, por otra parte, permanecía dudoso.»

Consecuencia de este hecho evidente fué el malhumor del general De Gaulle, que empezó a buscar otros apoyos que el de Rusia y que en vísperas de la Conferencia de Londres hizo al *Times* unas declaraciones en el sentido de apuntar la necesidad de constituir un bloque de potencias occidentales. La lógica consecuencia de tales declaraciones, que el general Catroux califica de poco oportunas, fué que el representante de Francia en la dicha Conferencia de los cinco ministros de Asuntos Exteriores se encontró en una situación sumamente delicada, o sea, que, dado el tenaz empeño de los anglo-americanos por apaciguar a Rusia a base de concesiones, Francia se encontró totalmente aislada. De todas formas, tal Conferencia hubiera sido un fracaso, en razón de las maniobras soviéticas, que empieza a adoptar una actitud inhibitoria respecto a

la tan buscada cooperación. Para volver a Rusia hacia esa cooperación, los Estados Unidos le ofrecen nada menos que un puesto en la Comisión del Control del Japón, si bien, en contrapartida, la U. R. S. S. se aviene a reanudar los trabajos preparatorios de los Tratados de Paz con los ex satélites de Alemania. Por otra parte, para liquidar los desacuerdos que han sobrevenido (disturbios en Azebaijan, acercamiento a Grecia de la U. R. S. S.), se vuelve a finales de 1945 a la fórmula de los Acuerdos entre los Tres Grandes. Pero «después del ensayo de cooperación en Londres entre los Cinco, volver a la cooperación a tres, significó para nuestros aliados dar un paso atrás asegurando el triunfo del concepto staliniano del Gobierno del mundo», que era la meta perseguida por la U. R. S. S.

Excusado es decir que las relaciones franco-soviéticas no desentonan en este cuadro de malestar existente entre los Tres Grandes, aunque —como se desprende de la obra— la U. R. S. S. no prestara mayor interés a este aspecto muy parcial de sus relaciones con el mundo occidental. Pero la displicencia de la U. R. S. S. hizo que no se pudiera llevar a cabo el Acuerdo comercial franco-soviético. Por lo demás, en lo que respecta a Alemania, la U. R. S. S. mantiene la tesis de la unidad política alemana antepuesta a su unidad económica, en contra del criterio anglo-americano, en tanto que el punto de vista francés (Sarre y Renania desprendidos de Alemania e internacionalización del Ruhr) no concuerda con el de ninguna potencia. Otro tanto sucede con la cuestión austríaca. En este ambiente tenso y de vanos esfuerzos en busca de un acuerdo, se sitúan las declaraciones de Blum a mediados de enero de 1947, relativas a que «el Gobierno de la República se declaraba dispuesto a buscar una cooperación franco-soviética dentro del espíritu del Pacto de 10 de diciembre de 1944», declaración seguida de un viaje a Londres, oficialmente realizado por motivos de orden económico, pero que desembocó en una iniciativa política de alcance internacional, cual fué la alianza franco-inglesa. A partir de ese momento, la U. R. S. S. se desliga totalmente de las pretensiones francesas respecto al Ruhr, a las que, en un momento dado, había prestado cierta atención. No menos in-

oportuna que la iniciativa de Blum fué el discurso radiofónico pronunciado por Truman (12 de marzo de 1947) a los dos días de iniciarse la Conferencia de Moscú. Decía Truman que los Estados Unidos prestarían ayuda a Grecia y Turquía, y definía la oposición estadounidense a la expansión del comunismo. «Esta división del mundo era inevitable —dice el general Catroux—, pero me permito pensar que el discurso del 12 de marzo ha precipitado el curso y la evolución fatal de las cosas.» En efecto, después de haber facilitado la expansión comunista con sus concesiones (entre las que no menciona el general Catroux la campaña de que fué objeto nuestra Patria), no aparece muy política esa reacción violenta de la gran potencia democrática, que más debiera haber hecho un *mea culpa* silencioso y dedicarse a destejear en el reconocimiento de su error lo tejido por su imprevisión y fatal ceguera. Pero no han sido ciertamente el infantilismo y la soberbia los males que menos han aquejado la política de unas democracias asidas del brazo del comunismo para exterminar el «totalitarismo». ¡Formidable paradoja!

La Conferencia de Moscú señala, pues, el crepúsculo total de la cooperación y no se llega a un acuerdo ni sobre Alemania ni sobre Austria. Todo queda en suspenso, en una angustiada espera que no mengua la negativa de Rusia y de sus satélites a aceptar el Plan Marshall, que rechazó en razón de sus concepciones básicas y de las obligaciones que acarrea desde el punto de vista soviético. La aceptación de Francia, a la que Rusia respondió con una serie de huelgas políticas, enfría más aún las relaciones con ese país. Y así se llega a finales de 1947, después de fracasada la nueva Conferencia de Londres (noviembre), en que Rusia sigue exigiendo la supeditación de la unidad económica de Alemania (ya realizada en el sector occidental) a su unidad política. Este fracaso no hace sino confirmar «la división duradera de Alemania en dos fracciones». Ya no es el ocaso de la cooperación, sino la noche total.

Como echará de ver el lector, es la obra del general Catroux una visión de conjunto de la política internacional seguida por las grandes potencias en el curso de cuatro años. Datos, fechas, intrigas, fracasos y éxi-

## BIBLIOGRAFIA

tos desfilan en ininterrumpida y aleccionadora sucesión en las páginas de la obra reseñada, enlazados con tipos humanos bien dibujados. Pero más que esos hechos son, a nuestro juicio, interesantes las conclusiones que de los mismos saca el autor de *J'ai vu tomber le rideau de fer*. Nos referimos en particular al último capítulo de la obra, titulado «La Unión Soviética, al servicio de la Revolución». Excelente capítulo que merecería ser reproducido íntegramente, no porque a nosotros españoles nos diga nada nuevo, sino porque es digno de consideración ver cómo un hombre inteligente y de buena fe—sea cual sea el campo político de que procede— desemboca en una evidencia que sólo el partidismo y la más burda estolidez impiden ver, o sea: que la U. R. S. S. y la Revolución comunista son una sola y misma cosa. Fué el error de las Naciones Unidas creer «que el espíritu de la Revolución bolchevique se había modificado, que esta Revolución había cesado de ser militante». Pero no podía ser así: «El Estado soviético era y sigue siendo comple-

tamente inseparable de la Revolución; su política es la política de la Revolución.» Imaginar que la muerte de Stalin puede provocar un cambio en la línea seguida por la U. R. S. S., parece al general Catroux una peligrosa ilusión. «El edificio elevado por Stalin es coherente y bien rematado»... «su testamento político, con su pensamiento central, la expansión de la Revolución, no se verá incumplido como el de tantos Reyes».

Con estas y otras muy duras palabras, como las que termina su obra, creemos que el general Catroux presta un gran servicio al destruir la ilusión de que el tiempo se encargará de resolver el problema más importante de nuestro tiempo, así como al concluir opinando que «una mística sólo puede ser contenida con otra mística. Un bloque coherente y poderosamente dirigido sólo puede ser puesto en jaque por otro bloque fuertemente soldado y fuertemente conducido». Todos de acuerdo en cuanto al principio. ¿Pero ha llegado el mundo democrático a esta situación ideal?

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

BROOKINGS INSTITUTION: *Major problems of United States Foreign Policy. 1950-1951.*— Washington, 1951. 416 págs.

El presente volumen es el cuarto de una serie publicada por la Institución Brookings en los que se recogen los acontecimientos más importantes acaecidos en el período 1950-51, con singular atención a la política exterior estadounidense. La posición rectora de los Estados Unidos en la política internacional del momento, la complejidad de los problemas que, por dicha causa, ha de resolver el Gobierno americano y las crecientes facilidades para el estudio e investigación de los problemas internacionales, hacen que se sienta cada día más la necesidad de contar con un buen plantel de especialistas en esta materia. Para este fin, la Institución Brookings ha organizado diversos seminarios en combinación con distintas Universidades del país, tales como Harvard, Princeton, Duke, Stanford y otras, en las cuales se discuten las cuestiones de política internacional más interesantes en el período

cubierto, que, en este caso, es el relativo al período 1950-1951.

Va dividido el presente libro en tres partes: en la primera se revisan los acontecimientos más interesantes de la política exterior norteamericana desde julio de 1949 a junio de 1950; el estado de las relaciones internacionales a partir de la segunda guerra mundial; los factores susceptibles de modificar la acción norteamericana en política internacional y las tareas a realizar. En la segunda parte se analizan los problemas con que se enfrentan los Estados Unidos en el verano de 1950, describiéndose en la nota de introducción a esta segunda parte, la naturaleza de tales problemas, su forma de selección y el modo de resolverlos. La tercera y última parte está dedicada al estudio de la situación en el Sudeste asiático. Las tres partes tienen interés extraordinario y es un verdadero acierto de la Institución Brookings la realización de

estos seminarios de Política Internacional, cuyos resultados, reflejados en los volúmenes anuales publicados por la misma, no pueden ser más satisfactorios.

Entre los problemas de política internacional más acuciantes para los Estados Unidos a principios de julio de 1949, los siguientes tienen una especial significación por haber determinado el curso de la política exterior norteamericana en los pasados doce meses: 1. La organización y robustecimiento de la Europa occidental. 2. La posición económica y financiera de la Gran Bretaña. 3. La creación de los Estados de la Alemania Oriental y Occidental. 4. El cambio radical operado en China. En una o en otra forma, estos factores han modificado sensiblemente el curso de las relaciones internacionales norteamericanas, mejor dicho, de los Estados Unidos y el mundo occidental, de un lado, y de la Unión Soviética y países satélites, del otro.

En 2 de julio de 1949, el Senado americano otorgó su consentimiento a la ratificación del Tratado del Atlántico Norte, que entró en vigor el 24 de agosto. A renglón seguido, el Congreso presentaba un proyecto de ayuda militar a otras naciones. En septiembre, el Consejo del Atlántico Norte creaba el Comité de Defensa encargado de unificar los planes para la defensa de la zona del Atlántico Norte. A finales de este mismo mes fué aprobada la Ley de Defensa Mutua, si bien con dos limitaciones introducidas a la misma por el Congreso: la utilización del crédito de 900 millones de dólares ha de hacerse de acuerdo con la formulación de un plan unificado de defensa por parte del Consejo del Atlántico Norte y habría de tener prioridad sobre las restantes cuestiones del desarme. En enero de 1950 el Comité de Defensa había preparado el plan en cuestión que fué aprobado por el Consejo del Atlántico Norte. En julio de 1949 se revela la delicada situación económica y financiera que atraviesa la Gran Bretaña y se inician una serie de conversaciones entre los Ministros de Hacienda de la Commonwealth, Estados Unidos y el Canadá, discutiéndose el problema en el seno de la Organización para la Cooperación Económica Europea. En septiembre, y sin previa indicación por parte del Gobierno inglés, es devaluada la libra en un 30 por 100. Las repercusiones de tal medida afectaron al

mundo entero. La situación en Europa es delicada y se propone la integración de la economía europea, en la que los productos puedan ir libremente de unos a otros mercados, desapareciendo las fronteras monetarias. Los ingleses, alegando sus relaciones con los países de la Commonwealth, manifiestan no poder entrar en el plan previsto. A finales de enero de 1950 se toman dos medidas en el aspecto puramente económico de la integración: la reducción de las cuotas de importación y la formulación de un plan tendente a la creación de una Unión Europea de Pagos.

En toda esta serie de acontecimientos de ámbito internacional, juega un papel de suma importancia el pueblo alemán. El período 1948-49 había sido testigo de la división de Alemania en dos bloques, llegándose a un punto crucial con el bloqueo de Berlín impuesto por los rusos. Las subsiguientes conversaciones entre los Ministros de Asuntos Exteriores de los occidentales y de Rusia, demostraron la imposibilidad de llegar a un acuerdo sobre el problema alemán. El 23 de mayo se proclamaba la nueva y flamante República Federal alemana y, casi de modo simultáneo, la República popular en la zona oriental. El nuevo Estado de la Alemania oriental abogaba por la restauración de la unidad política y económica, el establecimiento de un Gobierno único para todo el territorio alemán, el Tratado de paz y la retirada de las tropas de ocupación. Por su parte, las democracias occidentales manifestaban que la República popular carecía de base legal, siendo un mero instrumento en manos de Moscú. A consecuencia de una decisión de los occidentales, la República federal alemana podía ser admitida en el seno del Consejo de Europa, fomentando la participación germana en la vida internacional, desapareciendo ciertas restricciones impuestas a la economía del nuevo Estado. A pesar de que con tales medidas se iniciaba el renacimiento de la Alemania occidental en su marcha hacia la plena soberanía, Francia se dió buena prisa en manifestar que se opondría al rearme alemán o a la participación de Alemania en el Tratado del Atlántico Norte. Con la creación del Estado de la Alemania oriental, la división del territorio alemán fué un hecho consumado.

En Extremo Oriente se producen aconteci-

## BIBLIOGRAFIA

mientos de extraordinaria gravedad, al iniciar los comunistas chinos su marcha hacia el Sur y declarar los Estados Unidos la suspensión de la ayuda a los nacionalistas. El primero de octubre fué proclamada la República popular china, siendo reconocida rápidamente por Moscú y países del bloque soviético, en tanto que las tropas de Chan Kai Chek se veían forzadas a recluirse en Formosa. El 16 de diciembre los comunistas de Mao Tse Tung y la Unión Soviética iniciaban las conversaciones para negociar un Tratado de alianza. Esta serie de acontecimientos forzosamente habría de tener profundas repercusiones en todo el continente asiático. El Kremlin aprovecha la ocasión y surgen movimientos nacionalistas por doquier, que en la mayoría de los casos se identifican con el comunismo. Tal es el caso de Birmania, bajo el azote de la guerra civil fomentada por el comunismo, que se dió buena prisa para reconocer al nuevo régimen, siendo seguida por la India. Por su parte, el Gobierno comunista chino reconoció al régimen de Ho Chi Minh en Indochina, ayudándole en su lucha contra las tropas de la Unión Francesa. Según el punto de vista de la Gran Bretaña y Francia, todo el Sudeste asiático sufría los efectos de una violenta conmoción nacionalista, estando expuesto a un ataque de los soldados de Mao, instigados y dirigidos por Moscú. De esta opinión participaban igualmente los Estados Unidos, quienes acordaron proteger a Formosa contra cualquier intento de ataque por parte de los comunistas chinos.

Entre tanto, la Gran Bretaña y el resto de los países de la Commonwealth aprobaron el Plan Colombo encaminado a la reconstrucción económica del sudeste asiático, mejorando las condiciones de existencia de sus habitantes y elevando su nivel de vida, único medio de hacer frente a la expansión comunista en Asia. Al propio tiempo, Francia, seriamente empeñada en su lucha contra las guerrillas de Ho Chi Minh, inició las gestiones para dar satisfacción a algunas de las aspiraciones nacionalistas de Indochina. A este efecto, se crearon tres Estados independientes dentro del marco de la Unión Francesa: Viet-Nam, Cambodia y Laos. Quizás como respuesta a este acto, el gobierno soviético reconoció el régimen de Ho Chi

Minh, al que siguió, por parte de los Estados Unidos y la Gran Bretaña, el de los tres Estados anteriormente indicados, identificándose así plenamente con el régimen de Bao Dai, apoyado por los franceses. El 14 de febrero de 1950 llegaban a buen fin las conversaciones entre la República popular china y la Unión Soviética, firmándose el Tratado de Alianza. La división de Asia estaba así claramente definida. La India, no obstante, continuó siguiendo una política llamada de neutralidad por sus dirigentes, si bien confusa y fluctuante, inclinándose unas veces al lado de los occidentales y otras, quizás con demasiada frecuencia, del lado soviético.

La situación en Europa ha ido empeorando y las relaciones entre los occidentales y el bloque soviético se han hecho cada vez más tirantes. Un punto importante de las mismas lo constituyó la defección yugoslava que, al dejar de prestar su ayuda a las guerrillas griegas, permitió liquidar en poco tiempo el movimiento comunista. Los occidentales han creído ver en esta rebeldía de Tito una ocasión única para atraerse a Yugoslavia a la órbita occidental y no han reparado en los medios para conseguirlo. La ayuda prestada al régimen de Tito ha sido fabulosa y no ha servido sino para aumentar la presión ejercida por parte del dictador yugoslavo, sobre la clase campesina y conservadora del país, que odia al régimen instaurado y desea unirse a los occidentales. Tito en cambio, nada ha prometido, sigue siendo tan comunista como antes e identificado con la ideología marxista, si bien separado, al menos en apariencia, de la Cominform y de la obediencia al Kremlin. Este, para evitar la repetición de actos similares, ha suprimido por la fuerza todo intento de subversión en los países satélites, instaurando regímenes plenamente identificados y adictos a Moscú, iniciando una serie de medidas que tienen por objeto el cerco económico de Yugoslavia hasta conseguir la derroca-ción del régimen de Tito. Yugoslavia se ha convertido en el campo donde los bloques occidental y soviético luchan por atraerse al dictador Tito, el cual se aprovecha de la situación creada y se fortalece contra los enemigos interiores, consolidando su postura que, en caso de una nueva guerra, no está ni mucho menos clara, siendo más que dudosa su participación al lado de los occidentales.

Como resultado de la nueva situación, las relaciones de los Estados Unidos con los países satélites han empeorado sensiblemente, solicitando la Unión Soviética de la Asamblea General de las Naciones Unidas la condena de la actitud de la Gran Bretaña y de Estados Unidos, encaminada a la preparación de un nuevo conflicto armado. La propuesta rusa no fué aceptada y desde entonces ha seguido una sistemática campaña obstruccionista en los diversos Organismos de la O. N. U.

Tales son, a grandes rasgos, los acontecimientos más salientes de la política internacional del período cubierto por el presente volumen. Marcan bien a las claras los esfuerzos realizados por los Estados Unidos, a fin de conseguir sus primordiales objetivos, esfuerzos que se han visto limitados en parte por los medios a disposición del Gobierno americano y, en parte también, por la actitud y los intereses de otras naciones. Así, pues, durante el período 1950-51, el Go-

bierno de los Estados Unidos ha reiterado de modo casi continuo sus objetivos básicos, a saber: Organización de un mundo libre constituido por Estados soberanos e independientes, políticamente estables y con capacidad y deseos de armonizar sus intereses a través de la constante coordinación y cooperación con la organización internacional, e impedir, por todos los medios, que la Unión Soviética y países satélites, empleen la violencia para oponerse a la consecución de los fines mencionados.

El volumen que comentamos constituye un amplio y documentado estudio de la política internacional en el período 1950-51, en el que se abordan los problemas más graves del momento actual. Su lectura, al igual que la de los otros volúmenes, de un interés extraordinario y de un valor incalculable.

J. DE MEDINA.

*Defense in the cold war. (A report by a Chatham House Study Group).*—Londres, Royal Instituto of International Affairs, 1950. 123 págs.

En 1949, «Chatham House» decidió constituir un grupo integrado por expertos en Política Internacional y cuestiones militares, cuya misión era estudiar, como indica el título. *La defensa en la guerra fría*. Es decir, su objetivo consistía en analizar los problemas de las democracias occidentales en su lucha contra el bloque soviético, y examinar la efectividad y organización de los distintos planes regionales de defensa. «El hombre medio apenas tiene oportunidad de ver el cuadro de la peligrosa situación mundial en que vive. El propósito de este informe es presentar los principales rasgos de ese cuadro y ayudar al pueblo a enfrentarse con él realísticamente.»

Esta obra, publicada en 1950, no ha perdido hoy día su apasionante actualidad. Problemas tales como el de la participación de Alemania en la defensa europea, el empleo de la bomba atómica, el funcionamiento del Pacto del Atlántico, etc., son estudiados con notable objetividad y sentido crítico.

Tras de entrar, en el primer capítulo, el gran problema de las democracias occidentales en su lucha contra las «democracias po-

pulares» de Oriente, el Grupo comienza a estudiar la guerra fría a partir del golpe comunista en Checoslovaquia en 1948, analizando la situación actual, que no es «ni paz, ni guerra». De una forma rotunda afirman los autores de este Estudio que no existen probabilidades de una guerra agresiva desencadenada por el comunismo, al menos en un plazo de cuatro o cinco años. Y esto, porque la U. R. S. S. no está interesada en la guerra de agresión, ya que por una parte consigue casi todos sus objetivos por medio de la guerra fría, y por otra porque está interesada en el desarrollo de sus recursos económicos: «hay tanto sentido común como hipocresía tras la apropiación por los comunistas del epíteto «amantes de la paz»».

En el capítulo tercero se estudian algunos inconvenientes de la política defensiva occidental, llena de divergencias y contrastes, frente a la política unitaria y compacta del bloque soviético. Uno de los mayores inconvenientes es sin duda el de las discrepancias entre la política americana y la inglesa.

Todo un capítulo de esta obra, el cuarto, está consagrado a la bomba atómica en rela-

## BIBLIOGRAFIA

ción con la guerra fría. Su valor no radica en su «uso real», pues ni se ha usado hasta ahora ni es probable que se use en ninguna de las operaciones de la guerra fría, sino en lo desconocido de sus efectos, en el temor que puede causar a un hipotético agresor.

El problema de la unidad europea es uno de los estudiados con mayor interés por el Grupo. Precisamente al tratar de esta cuestión se analiza el papel de España en relación con la Europa Occidental con bastante objetividad y acierto. Tras las consabidas concesiones, como la del origen fascista del Régimen de Franco, se afirma lo siguiente: «No se está haciendo ningún bien al pueblo español con excluir a su Gobierno de las Naciones Unidas y de los beneficios del plan Marshall.» El Grupo sugiere que «los Gobiernos de Europa Occidental—incluyendo al inglés—no susciten objeciones a cualquier acuerdo económico y militar que pueda ser concluido entre los Estados Unidos y el Gobierno del General Franco». Y añade: «La España Católica tiene razones bien fundadas para contribuir a los principales fines de las potencias occidentales.»

Una de las partes más interesantes de este libro es la destinada a examinar los Pactos Defensivos de Occidente y las fuerzas empleadas para la Defensa. Así, el Pacto del Atlántico es criticado por haber creado demasiados Comités y fórmulas «sustitutivas de la acción» y porque su funcionamiento es complicado y poco eficiente. En cuanto a las fuerzas occidentales, son escasas e insuficientes.

Respecto a Alemania, opinan los autores de este trabajo que el acuerdo entre Orien-

te y Occidente es muy difícil, ya que ambos desean atraerse al pueblo alemán hacia sí. Las tropas de ocupación en Alemania no deben ser retiradas, pues esto equivaldría a dar ventajas a los rusos. Pero en realidad el peligro para Alemania no es tanto el de un ataque ruso como el de una situación provocada por una especie de guerra civil comunista: un ataque de Alemania Oriental contra la Occidental, similar al de Corea del Norte contra Corea del Sur.

Tras dos capítulos dedicados al rearme y al conflicto ideológico entre la democracia y el comunismo, el capítulo final analiza la posibilidad de conservar la paz durante los años de rivalidad entre el mundo libre y el soviético. De la guerra de Corea se pueden sacar, entre otras, estas enseñanzas fundamentales:

1) Que la idea comunista de la guerra fría incluye operaciones militares.

2) Que las grandes potencias de Occidente pueden verse envueltas en conflictos armados sin entrar en colisión directa con Rusia.

3) Que las naciones libres están en inferioridad de condiciones en la guerra ideológica, ya que los comunistas se presentan como liberadores, mientras que los occidentales son considerados como los «agresores e intervencionistas».

Resumiendo el contenido de esta interesantísima publicación, podemos decir que los problemas más graves en la tensión «mundo Occidental—mundo soviético», son analizados con profundidad, agudeza y clara visión del futuro.

JOSÉ MARÍA SIERRA NAVA.

FISCHER, John: *Master Plan U. S. A.*—(An informal report on America's Foreign policy and the men who make it).—Harper & Brothers, New York, 1951. 253 págs.

Millones de americanos se preguntan constantemente cuál es la política exterior de su país y quiénes son las personas encargadas de dirigirla; si esta política es original de Washington o sigue tan sólo las huellas de Moscú. Estas y otras cuestiones aparecen tratadas en el presente volumen, en el que el autor, dedicado durante largos años al estudio de los problemas internacionales, afirma que América debe

contar con un plan de política internacional, plan que ha ido forjándose poco a poco, de acuerdo con las cambiantes circunstancias para cuajar en la hora actual en algo concreto, en vista de la actitud y las intenciones de los hombres del Kremlin. Efectivamente, tal plan existe y éste ha sido trazado por el Consejo Nacional de Seguridad, equivalente en América del Politburó soviético, si bien con diferencias sustanciales, pues el

Presidente de los Estados Unidos no ejerce la influencia absoluta que Stalin sobre aquél. Este Comité, órgano máximo en cuestiones internacionales, está compuesto por personas, en su mayoría desconocidas, salvo los Eisenhower, Smith, Dulles, etc., estando encargado del estudio de los más importantes problemas que puedan afectar a la vida nacional e internacional del país.

Hasta hace pocos años relativamente, los Estados Unidos vivían magníficamente con su espléndido aislamiento, la política internacional apenas tenía sentido para ellos y cada Departamento ministerial contaba con una política exterior propia; mas la primera guerra mundial fué ya el aldabonazo que hizo despertar a los americanos de su profundo letargo, impulsándoles a intervenir en el conflicto y mezclándoles en las controversias internacionales. Es, sin embargo, la última contienda la que ha transformado por completo el panorama estadounidense: ya no es posible vivir en el aislamiento, ni los americanos ni ninguna otra nación y ante la amenaza del poderoso Estado soviético, dirigida principalmente contra los Estados Unidos, éstos han debido buscar aliados por todas partes y reformar radicalmente su antiguo sistema de política internacional. Pasaron los tiempos en que cada Departamento hacía su propia política exterior y ahora es el Consejo Nacional de Seguridad el que tiene en sus manos la máxima responsabilidad en este aspecto. Al darse cuenta Washington de las verdaderas intenciones del Kremlin, si bien con un gran retraso, ha surgido una nueva política, la de contención preconizada por Keenan, partidario del empleo de la fuerza, si ello es necesario, para impedir cualquier ulterior expansión comunista; es éste el único sistema que entiendo Moscú y a él hay que apelar sin vacilación alguna.

Los puntos de fricción en la hora actual, escribe el autor, son Formosa, Corea, Irán y la Europa occidental; ésta en lugar primordial. De cualquiera de ellos puede surgir un día la chispa iniciadora de una nueva guerra y ante tal eventualidad, los Esta-

dos Unidos han de estar debidamente preparados y procurar atraerse al mayor número posible de aliados, decididos a luchar a su lado. En este aspecto, examina la actitud de todos ellos y la conclusión a que llega no es muy halagadora: dispuestos a recibir los dólares del Plan Marshall, pero sumamente remisos en su ayuda bélica, ante el temor de la venganza rusa y la posibilidad, bien remota por cierto, de mantenerse alejados del conflicto armado confiando en que éste pudiera circunscribirse a los dos colosos. Los que así piensan no se han dado cuenta aun de la transformación operada en el mundo, en el que ya no caben los neutralismos, siendo todos beligerantes, en uno o en otro bando.

Al tratar de la posición futura de algunos países, examina el autor la situación de España y demuestra un desconocimiento absoluto del problema al par que una fobia mal disimulada. Para él el ejército español apenas cuenta, estando inermes y poco menos que desharrapado, su participación en un futuro conflicto apenas se dejaría sentir. Menuada opinión tiene el señor Fischer del pueblo español y poco conocedor de su historia y de sus virtudes, entre las cuales la del valor y del heroísmo no es la menos descollante. España para él es un país en estado poco menos que caótico y el caudillo es odiado por su pueblo que espera el momento de derrocarlo. Los Estados Unidos se aprovecharán, a cambio de un puñado de dolares, de las bases que España pueda ofrecer en su lucha contra Rusia. No sabe el señor Fischer que el pueblo español no se vende por un montón de dólares ni por todo el oro del mundo; al pueblo español no se le compra ni se le conquista con la facilidad que cree el señor Fischer.

Salvo, el sectarismo de que hace gala el autor al tratar de España, la obra que comentamos está bien en su conjunto, siendo una más de las muchas dedicadas a tratar el tema de la política exterior americana y sus relaciones con el mundo civilizado.

JULIO MEDIAVILLA Y LÓPEZ.